Punto de vista

Fernando Cordero
Religioso de los Sagrados Corazones y periodista

Nubes, espacios verdes y «youtubers»

Os invito a una triple tarea, bastante sencilla y práctica, de cara al inicio de curso.

En primer lugar, mirar las nubes —que no es estar en las nubes. Imaginarnos a qué corresponde la forma de las nubes es un ejercicio de la imaginación. Al comienzo de una nueva etapa, dediquemos un tiempo a contemplar el cielo y ver qué nos quiere decir la forma de las nubes: un trampolín donde saltar a nuevas experiencias y conocimientos, un cómodo colchón para el descanso, el perfil de algún animal de compañía, un objeto innovador… Después de las vacaciones puede venir el estrés ante el nuevo ritmo, lo que queda por emprender y afrontar. Mirar las nubes es una manera de relajarnos y ver cuántas posibilidades nos brinda el cielo para lo novedoso.

Otra dimensión importante es cuidar desde el principio los espacios o zonas verdes. Necesitamos un tiempo gratuito para la oración, el cultivo de la interioridad, nuestra relación con el Señor. Un espacio donde respirar a pleno pulmón, sintonizar con el Espíritu para ser imágenes del Creador. En las agendas, en los móviles, donde ponemos las cosas importantes a realizar: pongamos una señal de *STOP*. Sino la vida se nos va y no nos damos cuenta de en qué invertimos las horas y los días. Dar sentido a lo que hacemos es vital para vivir una vida con sentido. Esto nos impulsará hacia delante en medio de los inevitables claroscuros de lo cotidiano. Y ahí dedicarnos a entrar en diálogo con la Palabra, con las parábolas del Reino que nos hablan de fiesta, compromiso por la justicia, crecimiento, alegría y perdón.

Por último, tener presente que tenemos una capacidad llamada creatividad que nos puede sorprender. Es lo que sucede a tantos *youtubers*, muchos de ellos adolescentes, que despliegan las mejores ocurrencias en sus vídeos, contándonos sus aficiones o maravillándonos con juegos de su propia creación. No empezamos de cero cada curso, pero sí podemos tener la garantía de que cuando ponemos en juego nuestros dones crecen nuestras habilidades y la manera de afrontar los quehaceres encomendados.

Hace poco leí *Mar i Cel*, del dramaturgo Àngel Guimerà, que expresa con gran fuerza y belleza cómo el mar y el cielo van juntos en el horizonte, es decir, las nubes, lo de arriba, lo de Dios, se combina con el mar de las luchas diarias, la convivencia familiar, el estudio o el trabajo. Unamos horizontes y contemplemos en nuestra tierra cómo se une el mar y el cielo en el Mediterráneo.

Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova
Canónigo emérito del Capítulo Catedral de Barcelona
secretaria@catedralbcn.org

Los estirados

Hablaba con un amigo, de pie, en la calle. Los dos teníamos prisa. Nos referíamos a la situación política, tan complicada, del mundo. Creo que no era una conversación de ancianos. Hablábamos de la cantidad de guerras y conflictos que sufre el planeta azul por todo el mundo. Junto a nosotros, pasó un conocido. Iba muy arreglado. Nos saludó con un sobrio adiós, pero no se detuvo. Debía tener prisa.

Mi compañero de conversación es muy espontáneo, incluso, a veces, demasiado. Y me dijo: «Ya lo ves, acaba de pasar un estirado.» No hice ningún comentario. Sin embargo, cuando llegué a mi despacho, busqué en el diccionario la palabra *estirado*, que dice así: «Arrogante y orgulloso en su trato con los demás.»

Pensé que conocía algunos estirados. Hay gente estirada. Personas que, por carácter o para darse importancia, dan la apariencia de que siempre saben a dónde van y que son sabedores de todo. Les gusta ser los primeros en el escenario de la vida y, cuando hablan, toman una entonación que les traiciona. ¿Cuál es la causa de esta manera de actuar? El orgullo. Los pobres humanos, que somos muy poca cosa, para que nos tengan por sabios o entendidos, somos capaces de caer en una conducta que nos hace ridículos y que se demuestra cuando menos esperamos.

Santiago Ramón y Cajal ha escrito: «Cosa corriente es que vanidosos y presuntuosos finjan poseer lo que desean. La vanidad nos persigue hasta en el lecho de la muerte. La soportamos con entereza porque deseamos superar su terrible grandeza y cautivar la admiración de los espectadores.» Quevedo tiene una sabia advertencia: «La soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió.» Rochefoucauld filosofó: «La virtud no iría muy lejos si la vanidad no le hiciera compañía. Si la vanidad no echa por tierra todas las virtudes, por lo menos las hace vacilar. Si no tuviéramos orgullo, no nos lamentaríamos del de los demás.» Y también: «El orgullo no quiere deber y el amor propio no quiere pagar. Las más violentas pasiones nos dan a veces alguna tregua; la vanidad nunca. La vanidad de los demás resulta insoportable porque hiere la nuestra.»

El veterotestamentario, que conocía bien la naturaleza humana, descubrió que «todo es vanidad». ¡Al menos hay mucha! Jesús, nuestro querido Maestro, nos inculcó la humildad. Debemos pedirla al Señor. Que nos haga capaces de poseer la virtud de la humildad. A nosotros, con su ayuda, nos pertoca ser humildes «como las palomas». La humildad, por sí misma, nos ayudará a ser listos.

A propósito de...

P-J Ynaraja
Capellán de El Montanyà
ynaraja@gmail.com

Peregrinación-peregrinos (2)

Algo semejante a lo que dije respecto a Compostela ocurre con Tierra Santa. En épocas pasadas, quien se atrevía a viajar allí lo hacía con entusiasmo cristiano, dando tiempo al tiempo, cosa que suponía una duración mínima de un mes, cuando no tres. Se traía agua del Jordán pensando en familiares, objetos de olivo, rosas de Jericó, etc., era el gran acontecimiento de su vida. Me lo explicaron desde pequeño y conservo todavía testimonios de ello. Las crónicas que escribieron algunos destinadas a sus familiares son una delicia.

Debe distinguirse, pues, la peregrinación, del viaje de turismo religioso, muy correcto y respetable. Las posibilidades actuales, la rapidez del avión, los hoteles y restaurantes, lo facilitan. Para el cristiano que acude a misa y reza, es una experiencia reconfortante, el quinto evangelio, como ya es aceptado llamarlo en lenguaje, no ya piadoso, sino pontificio incluso.

Hay agencias de viajes que lo organizan muy bien y lo programan pensando en el sentido cristiano que se debe dar a los desplazamientos y posibilidad de asistir a actos litúrgicos y a la piadosa oración privada. Pero no todos, hay que saber escoger. Y con toda honradez, sin con ello conseguir provecho personal, no puedo dejar de mencionar a Ruth Travel, empresa vinculada a este semanario, la mejor que conozco, de acuerdo con la orientación a la que me vengo refiriendo.

Respecto a Tierra Santa hay otro aspecto muy legítimo y del que nunca me he alejado en todas mis estancias, es proponérselo y organizarlo como viaje de estudios. Para que no se crea que es cosa de sacerdotes y seminaristas exclusivamente, referiré un encuentro que reafirme lo dicho hasta ahora. Fue en el año 1981 y en Ein-Karen. Residíamos nosotros, un conjunto cercano a la docena, en el convento de la Custodia y al atardecer se nos unía un grupo de gente adulta venida de Valencia. Asistía una noche, después de la cena, a una charla interesante, impartida por el sacerdote que dirigía el grupo. Como simple comentario, le pregunté a uno de los asistentes, por qué tenían que gastarse el precio del viaje y la estancia, cuando podían escuchar aquella conferencia en la misma población donde residían. Muy amable y, acertadamente, me contestó, que su profesión era viajante de comercio, que tal responsabilidad no le permitía dedicarse al estudio de la Biblia con tranquilidad. «Aquí nadie me reclama género, ni nadie me lo envía», me decía. «Estoy fuera, de vacaciones, nadie me importuna telefoneándome, no así en Valencia. Durante el día hemos visitado los lugares que te he contado, ahora lo complementamos con lo que has oído. En casa, ni los hijos, ni los negocios, nos permitirían hacerlo. Mi mujer y yo estamos aprendiendo mucho estos días.»